



La enfermedad desconocida de *Rafael Núñez*

Quebrantada mi salud corporal, que no mi espíritu, tras tantas inquietudes de una labor de 12 años, me he visto compelido a guardar relativo reposo, pero sin desprenderme de la responsabilidad ponderosa, con que el curso de los acontecimientos me ha gravado hasta más allá del sepulcro. Estoy, pues, siempre listo a sacrificios, bien que me será sobremanera grato retirarme por entero del escenario político, no por causa de decepciones —que no tengo—, sino en calidad de ejemplo saludable.

Carta de Rafael Núñez a Marcelino Vélez, 6 de enero de 1888

ORLANDO
MEJÍA
RIVERA

Rafael Núñez (1825-1894) ha sido, al lado de Bolívar, el político colombiano más amado y más odiado. Pero la voz de sus adversarios ha resonado más duro con el paso del tiempo. Al ser el padre intelectual de la Constitución Nacional de 1886, fue acusado por el “Olimpo Radical” de traidor al espíritu liberal del librecambio económico y la educación laica, además de “tirano liberticida” por entregar el poder al Partido Conservador en su tercera presidencia y establecer el concordato con la Iglesia católica, a cambio de legitimar su unión marital con Soledad Román.

Su gran enemigo intelectual fue el escritor José María Vargas Vila, quien desde el exilio lo llamó “sátrapa bígamo” y construyó una leyenda sobre la supuesta corrupción de su vida pública y privada. De allí nació el mito de su lujuria desenfrenada, su ambición obsesiva por el poder, sus gustos gastronómicos estrambóticos, la riqueza fabulosa de su hacienda El Cabrero a expensas del erario público.

Núñez También fue acusado de hipocondríaco, sátiro, hiperestésico, voluptuoso, feo, enclenque e hipócrita, y algún contemporáneo lo describió, con ironía, como una sombra de “alcatraz desplumado”. Además, fue ridiculizado como poeta, a pesar del respeto que le manifestaron Rubén Darío y José Asunción Silva.

*

¿Fue Núñez un hombre sano o enfermo? De manera oficial tuvo algunas dolencias ocasionales en su vida, pero no existe ningún documento histórico que argumente, de forma detallada, si tuvo una enfermedad crónica, y menos qué clase de dolencia sufrió. Incluso, la acusación de “hipocondríaco” ha llevado a que la mayoría de sus biógrafos desestimen las quejas del mismo Núñez, quien pidió licencias prolongadas durante sus últimos tres periodos presidenciales, justificadas por “dolencias de salud”. Sin embargo, al escrutar con detalle las biografías existentes, los testimonios de sus contemporáneos conocidos, sus cartas privadas, sus retratos y fotografías, los comentarios de sus amigos y empleados y de su esposa Soledad Román, sus costumbres culinarias y su interés en la medicina homeopática, he recogido fragmentos dispersos que me han permitido armar un rompecabezas nosológico y cronológico para postular una hipótesis clínica inédita, que desarrollaré a continuación.

Rafael fue un niño enfermizo, delgado, con un estrabismo congénito, de brazos largos y desproporcionados, estatura mediana, con un tórax estrecho y en forma de paloma, de nariz aguileña y prominente, con orejas aladas y grandes. Sus compañeros de colegio se burlaban de su figura y él se refugió en la lectura y fue un precoz escritor de versos. Su intelecto superior, que Tomás Cipriano de Mosquera denominó “inteligencia oceánica”, le permitió ser bachiller a los quince años y graduarse de abogado, con honores, antes

de cumplir los veinte. También desde esa época manifestó prolongados episodios de melancolía.

En 1848, mientras vivía ya en David (Panamá) y era juez, tuvo un cuadro grave de diarrea y sintió que le aparecieron “úlceras en la garganta”, pero los médicos no se las encontraron. Lo cuidó una enfermera, llamada Dolores Gallegos, y con ella terminó casado; y aunque tuvieron dos hijos, el matrimonio fue un fracaso desde el principio. En 1853 viajó a Bogotá, nombrado diputado por la provincia panameña, y a los cinco meses ya era ministro de Estado del presidente José María Obando. En 1865 fue nombrado cónsul en la ciudad francesa de Havre, adonde viajó con su amante Gregoria de Haro. Allí se dedicó, al parecer, a una vida noctámbula y bohemia, que llevó a Gregoria a dejarlo. Pero también aparecieron nuevos síntomas y regresaron otros. Se comienza a sentir fatigado, con episodios recurrentes de diarrea, estreñimiento y molestias estomacales, y en enero de 1866 sufre un ataque de “reumatismo” severo que lo obliga a viajar a Génova en busca de reposo. En este tiempo se aficiona a la medicina homeopática y frecuenta los centros de reposo de orientación naturista.

El 8 de septiembre de 1866 Mosquera lo nombra cónsul en Bruselas, pero él rechaza el ofrecimiento debido, entre otros motivos, a que “hoi me encuentro sometido a un tratamiento hidroterápico en un establecimiento cercano del Havre”. Aunque tal vez obtuvo cierta mejoría, no refiere que haya sido curado. De hecho, el 3 de agosto de 1870, siendo cónsul en Liverpool, es nombrado secretario de Guerra y Marina por el presidente Salgar, pero de nuevo se excusa argumentando en especial que: “Me limito a haceros presente que la reposición de mi salud, alterada gravemente no ha muchos días, exige el más completo reposo posible durante algún tiempo según el consejo de los médicos”. Todo indica que su problema gastrointestinal se iba haciendo más frecuente y severo, hasta que a finales de 1871 se le agrega una “enfermedad seria del cerebro” y debe viajar a recluirse en un centro terapéutico de la población de Vernet-les-Bains, donde vuelve a ser sometido a la hidroterapia, según le cuenta a su amigo Salvador Camacho: “La cosa ha sido muy grave y necesito aún de algunos días de reposo completo como condición de vida”. El 22 de

diciembre de 1871 le escribe al general Mosquera que “hace algunos días que me encuentro en este lugar de baños convaleciendo de una grave enfermedad”.

Núñez no da detalles de los síntomas “cerebrales” que tuvo, pero podemos hacer una aproximación clínica si sabemos que la hidroterapia era indicada en esa época para las siguientes patologías: la melancolía, la epilepsia, la hipocondría, los trastornos del sueño y la parálisis. Esta última era entendida, en el contexto del siglo XIX, como una pérdida parcial de la sensibilidad o el movimiento de partes del cuerpo, sin trastornos de la conciencia, y hoy se equipararía a una isquemia cerebral transitoria o a un tromboembolismo cerebral leve. La gravedad y duración que describe Núñez hacen pensar más en que tuvo un episodio de “parálisis”, que al final revirtió por completo.

A comienzos de febrero de 1872 presenta un grave episodio de “fiebre mucosa” durante diez días, con dolores abdominales y estreñimiento intercalado, que lo obliga a ir a Barcelona el 4 de marzo y someterse a los tratamientos homeopáticos e hidroterápicos. Lo interesante es que la denominada “fiebre mucosa” significaba una fiebre tifoidea o una diarrea inespecífica con moco y sangre, rectorragia y tenesmo rectal, que nos permite comprobar la semiología de sus episodios diarreicos sanguinolentos.

Es indudable que cuando retorna a Colombia, en 1874, y es elegido senador por el Estado de Bolívar, es un hombre de 49 años debilitado y agobiado por una enfermedad crónica, que todavía le permitía algunos escasos lapsos de tranquilidad orgánica. El lujurioso ya no existía, o tal vez nunca existió, pues cuando se casa, en un matrimonio civil en julio de 1877, con Soledad Román, le acababa de escribir a su amigo Luis Carlos Rico: “La hora de la calma ha sonado para mí”. En 1878, al pronunciar el discurso de posesión del presidente Trujillo, expresó la famosa frase que le valió el apodo histórico de regenerador: “El país se promete de vos, señor, una política diferente, porque hemos llegado a un punto en que estamos confrontando este preciso dilema: regeneración administrativa fundamental o catástrofe”.

Mientras su poder político aumentaba y se fortalecía, dando batallas intelectuales memorables contra los liberales radicales, debió sentirse

cada vez más enfermo, pues al ser nombrado presidente, en 1880, no se posesionó de inmediato y viajó primero a Curazao, en compañía de Soledad, para ser examinado por “un especialista en enfermedades intestinales”.

Ahora bien, ¿por qué Núñez no consultó con un clínico colombiano? Quizá porque quería ocultar sus dolencias, en parte por temor a que sus enemigos políticos usaran su enfermedad para atacarlo y ridiculizarlo. Pero, sobre todo, porque en esta época debió iniciarse o agravarse otro síntoma vergonzoso, que ha sido señalado de manera escueta y aislada por dos de sus biógrafos (Estrada Monsalve en 1946 y Santos Molano en 2010): la incontinencia de esfínteres. No obstante, ninguno de los dos biógrafos aclara la fuente bibliográfica de este dato, ni especifican nada más. Sin embargo, a partir de la pesquisa clínica que he venido realizando, me parece coherente proponer que tuvo una incontinencia fecal, y no urinaria, pues este síntoma tiene una relación profunda con sus otras manifestaciones gastrointestinales, reumáticas y emocionales.

Cuando por fin se posesionó como presidente, el 1 de abril de 1880, era evidente su palidez y cansancio. Logró terminar su mandato en abril de 1882, amenazado de muerte por el denominado grupo de “salud pública” que había tomado su nombre de la Revolución francesa y buscaba eliminar a sus rivales políticos como si fueran “microbios”. Volvió a Cartagena, y sus amigos lo convencen de presentarse, otra vez, a las nuevas elecciones presidenciales. El 23 de octubre de 1882 gana por segunda ocasión la presidencia. Pero, de nuevo, está tan enfermo que deja encargado al vicepresidente Hurtado y regresa a Curazao, adonde su médico de enfermedades digestivas. Sólo ante la presión de sus contradictores, que comienzan a murmurar y a preguntarse la causa de su ausencia (el periodista Carlos Martínez, en el *Repertorio Colombiano*, escribió: “¿Cuándo vendrá a encargarse de la presidencia? ¿Qué misterio hay en todo esto? Si está enfermo, ¿por qué no lo dice? Si está desencantado, ¿por qué no habla?”), retorna a Bogotá y se posesiona en agosto de 1884.

Al comienzo de la guerra civil de 1885, Núñez colapsa y un grave episodio de disentería lo obliga a ser atendido por médicos colombianos. Durante

varias semanas se pensó que moriría. Incluso, los radicales hicieron correr el rumor de que había fallecido envenenado por los conservadores con la complicidad de doña Soledad. Por ello, sin haberse recuperado lo sacaron al balcón a saludar para desvirtuar el perverso infundio. Sin embargo, tuvo la fortaleza para volver al poder y hacer sentir su energía interior a sus conciudadanos. Con el triunfo en la batalla de la Humareda ganan las fuerzas del gobierno, se hunde la Constitución de Rionegro de 1863 y Núñez ve expedito el camino para cumplir su sueño político, que quedará plasmado en la Constitución de 1886.

Esta motivación profunda es lo único que explica que aceptara la tercera presidencia, pero su deplorable estado de salud lo obliga a solicitar al Congreso, el 31 de marzo de 1886, separarse del cargo por “necesidades de salud”. Deja encargado al vicepresidente Payán y viaja a la población de Anapoima, pero en el mes de julio del mismo año regresa a Cartagena y hace su testamento. El historiador Eduardo Lemaitre se pregunta si acaso Núñez temía ser asesinado. En mi concepto la respuesta es otra: se sentía tan enfermo y débil que creyó que podría morir en cualquier momento. Lo último que Núñez quería era seguir detentando el poder, pero la traición a sus ideas por parte de Payán lo obliga a trasladarse a Bogotá, a comienzos de febrero de 1888, reasumir la presidencia y destituir a su vicepresidente.

Cinco meses después, el 7 de agosto de 1888, deja encargado a Carlos Holguín de la presidencia y regresa a su refugio cartagenero de El Cabrero, para no volver a salir nunca más, pues cuando es nombrado presidente por cuarta vez, en 1892, desde un principio el encargado fue Miguel Antonio Caro. Que la enfermedad de Núñez fue empeorando se puede demostrar por los retratos y fotos que se le hicieron. En un carboncillo realizado en 1886, por Ricardo Acevedo Bernal, se le observa ya un tanto demacrado y delgado. En el óleo de Epifanio Garay Caicedo, pintado en su estudio de El Cabrero en 1891, está muy delgado y los huesos de la cara se hacen visibles. Pero es en la foto de 1893, tomada tal vez por su cuñado Gabriel Román Polanco y regalada, posiblemente, al periodista Carlos Calderón Reyes, donde Rafael Núñez está en un estado de delgadez extrema, que desde el punto de vista semiológico es

compatible con una caquexia, pues ha desaparecido toda su masa muscular, la piel del rostro está forrada a los pómulos y se aprecia de una palidez translúcida.

Esta impresión es corroborada por los testimonios de aquellos que lo visitaron en los últimos meses. Carlos Calderón Reyes, en su libro *Núñez y la Regeneración*, publicado en París en el temprano año de 1894, refiere que lo visitó en junio de 1893 y:

Hallámosle después de cinco años, extenuado y en visible decadencia física. Advertíase en aquel cuerpo, más bien pequeño que mediano, la preponderante acción del sistema nervioso, apenas cubierto por tejidos blandos que la actividad de su mente no dejaba depositar; y más que de ordinario, vímosle dominado por una grande excitabilidad nerviosa, algo así como una exaltación del temperamento á causa de las vigiliás, la fatiga intelectual y la deficiencia de la nutrición.

Fernando de la Vega, otro de sus visitantes en sus últimos tiempos, lo describe así: “Delgado, óseo, de color mate, con la piel pegada a la carne, ofrecía de lleno el ramaje de las venas pronunciadamente azules”. El poeta Silva lo encontró “con la mano cansada y una extraña expresión de cansancio físico”. Su esposa Soledad ha dejado como recuerdo, contado a Lemaitre, que comía de manera muy frugal, aunque le apetecían las frutas dulces y “¡Eso sí! Nunca faltaban en su cuarto los bocadillos de Vélez, almendras, uvas moscatel, dulces en almíbar... picoteaba en estas golosinas como un muchacho, pero siempre en pequeñísimas cantidades”. Además, refiere que “tenía también una particularidad: no iba nunca a la mesa. Las comidas las hacía en el escritorio”.

La fragilidad física de Núñez, la fatiga constante y el deterioro nutricional progresivo y acelerado, contrastan con su lucidez intelectual, la cual conservó hasta los últimos días de vida. Sus artículos de prensa, en *El Porvenir*, muestran su claridad política y sus lecturas voraces de diversos temas, pero también su interés en las prácticas médicas alternativas: las investigaciones sobre histerismo del neurólogo Charcot, las teorías de Mesmer y el magnetismo animal, el hipnotismo. Al final de su vida indagó, a la vez, por

el espiritismo. En parte estas búsquedas eran las de un enfermo crónico y grave, que se resistía a morir sin saber el origen de sus dolencias, y que había descreído de los médicos, pues meses antes de su deceso le había dicho a Soledad: “Yo le tengo miedo a los médicos y a los menjurjes, y como usted sabe, prefiero la homeopatía”. Su estudio estaba repleto de drogas y preparaciones homeopáticas, y su criado Lorenzo Solís le recogía hierbas y plantas de los alrededores.

A comienzos del mes de septiembre de 1894 Núñez se quejó ante Soledad de que estaba olvidando los nombres de las personas conocidas, y ella notó que el párpado izquierdo se le había caído. El 6 de septiembre su secretario Julio H. Palacio refiere que Núñez le dijo que le ayudara a ponerse el saco porque tenía el brazo derecho paralizado y que sentía “el cerebro como una esponja seca a la que se aprieta y no le sale nada, casi que no puedo escribir mi telegrama”. A pesar de eso le promete, el 10 de septiembre, a Miguel Antonio Caro, ante su llamado desesperado, que volvería a Bogotá a tomar el poder, a sabiendas de que “estoy seguro del fracaso. Lo que es ahora saldré de la ciudad nefanda en medio de la rechifla de los emboladores”.

Esa misma noche cuenta Soledad que le dijo: “Me siento la cabeza como de piedra, no puedo raciocinar bien. Esta noche tomaré un Sedlitz. Pues caramba con tus distracciones —le contesté—, el otro día en vez de agua de azahares le pusiste cocaína a tu agua de azúcar”. El 14 de septiembre, luego de fumarse una “calilla de Ambalema”, se levantó del lecho y cayó hacia atrás. No volvió a pronunciar ninguna palabra, aunque su esposa refiere que él entendía todo (signo compatible con la semiología de una afasia motora). Cuatro días después, el 18 de septiembre, a las nueve y media de la mañana, dejó de respirar y murió.

*

¿Existe una enfermedad que explique todos o la mayoría de los síntomas que presentó el enfermo crónico Rafael Núñez? Sí la hay. Mi hipótesis es que él padeció la denominada enfermedad inflamatoria intestinal, EII (dividida en la colitis ulcerativa y la enfermedad de Crohn), que puede cursar con la diarrea crónica intermitente acuosa y sanguinolenta, con la incontinencia fecal, con



Rafael Núñez Moledo Presidente de Colombia
Epifanio Garay - Museo Nacional, Bogotá

Mientras su poder político aumentaba [...] debió sentirse cada vez más enfermo, pues al ser nombrado presidente, en 1880, no se posesionó de inmediato y viajó primero a Curazao, en compañía de Soledad, para ser examinado por “un especialista en enfermedades intestinales”.

la fatiga, con los episodios intercalados de estreñimiento, con la pérdida de peso, la inapetencia y las molestias epigástricas y abdominales, y está asociada a los ataques de reumatismo, a las úlceras en la boca y la garganta, a los estados depresivos y a un incremento de la posibilidad de complicaciones tromboembólicas. Esta patología tiene un espectro genético, y recordemos que los padres de Rafael eran primos.

Además, el cuadro de los últimos cuatro años de Núñez es un evidente síndrome de malabsorción intestinal progresivo, que puede ser causado por la enfermedad inflamatoria intestinal avanzada, y explica su notorio estado caquético y su anemia. También esclarece que él comiera alimentos dulces de manera casi permanente pero no aumentara de peso. De igual manera dilucida la extraña costumbre, que parecería inexplicable, de comer solo, cuando todas las otras actividades las hacía en compañía de su amada esposa Soledad Román. Lo que sucede es que los pacientes con enfermedad inflamatoria intestinal tienen abundantes flatos, incapaces de ser controlados, al momento de ingerir las comidas. El Sedlitz que usaba con frecuencia era un regulador digestivo compuesto por ácido tartárico y bicarbonato de sodio, que le mejoraba, en efecto, sus síntomas intestinales. La angustia de Núñez y sus intentos de convertirse a sí mismo en su propio médico homeópata, se debió a que la medicina científica de su tiempo no conocía la patología que lo agobió, y solo hasta comienzos del siglo xx se identificaron la colitis ulcerativa y la enfermedad de Crohn.

Con relación al evento final y la causa de su muerte, la mayoría de sus biógrafos contemporáneos han estado de acuerdo con el famoso médico internista y psiquiatra colombiano Edmundo Rico (1899-1966), quien en un texto titulado *La muerte del regenerador* planteó que falleció a causa de una hemorragia cerebral. Es cierto que esta es una posibilidad clínica, y en ese caso debió ser secundaria a una hipertensión arterial esencial, pues su padre también murió de un derrame cerebral. Sin embargo, la evolución lenta y progresiva de su trastorno neurológico es más compatible con un accidente cerebrovascular de origen tromboembólico, que, ya vimos, estaría asociado a su patología de base.

También se especuló, en su tiempo, que había sido envenenado, y esta teoría ha vuelto a resurgir ante la publicación de un libro reciente del ginecólogo Álvaro Ramos, donde se refiere que el doctor Rafael Calvo Lamadrid, amigo de Núñez, fue a verlo el día de la muerte y examinó su cadáver, y le “expresó a Doña Sola, que por ciertos signos en el cuerpo yacente como la cianosis la sospecha era de un envenenamiento con arsénico”. La cianosis, sin embargo, puede explicarse por las apneas de la respiración de Cheyne-Stokes que acompañan, con frecuencia, a los pacientes con un accidente cerebrovascular.

Desde que supimos que Núñez murió pobre y renunció a la pensión vitalicia que le ofreció el Congreso, quedó claro que las acusaciones de corrupción eran injustas y mentirosas. Ahora que espero haber demostrado, por lo menos, que fue un enfermo crónico y que sufrió mucho, pienso que los epítetos de obsesionado con el poder y ambicioso de honores deben sepultarse en los discursos de odio del pasado; y reconocer hoy, conmovidos, que este hombre sí pensó siempre en los intereses colectivos de su país, por encima de él mismo, así se haya, incluso, equivocado. Además, que es cierto lo último que le escribió a Caro, cuando agonizante iba a volver a Bogotá:

Yo pienso emprender viaje al comenzar octubre, porque sus telegramas de llamamiento y los del Senado no me permiten sin descrédito cruzarme de brazos [...] No creo que pueda yo conjurar la tormenta y seré sacrificado, porque difícilmente encontraré apoyo en la cámara y otros círculos, pero hay inmolaciones que se imponen. ■

Orlando Mejía Rivera (Colombia)

Profesor e investigador de la Universidad de Caldas. Escritor, médico internista y filósofo. Entre sus publicaciones se encuentran: *Antropología de la muerte* (1987), *La Casa Rosada* (1997), *De la prehistoria a la medicina egipcia* (1999), *De clones, ciborgs y sirenas* (2000), *La generación mutante: nuevos narradores colombianos* (2002), *Los descubrimientos serendípicos* (2004) y *El Asunto García y otros cuentos* (2006).